

sentación vista entre bastidores. En los bastidores están el quebrado y su representante, el procurador de los comerciantes, los síndicos y el agente, y por fin el juez comisario. Nadie fuera de París sabe y nadie en París ignora que un juez del tribunal de comercio es el magistrado más extraño que una sociedad se haya permitido crear. Este juez puede temer á cada paso su propia justicia para sí mismo. París ha visto quebrar al presidente de su tribunal de comercio. En lugar de ser un comerciante retirado de los negocios que obtuviera tal magistratura como recompensa de una vida sin tacha, este juez suele ser un comerciante cargado de negocios al frente de una inmensa casa. La condición *sine quâ non* para la elección de este juez, encargado de juzgar las avalanchas de procesos comerciales que se forman incesantemente en la capital, es el tener sobrado trabajo para dirigir sus propios negocios. Este tribunal de comercio, en lugar de haber sido instituido como una útil transición de la que el negociante pudiera elevarse sin ridículo á las regiones de la nobleza, se compone de negociantes en ejercicio que pueden ser enemigos del quebrado, como lo era de Tillet de Birotteau.

El juez comisario es, pues, necesariamente un personaje ante el cual se dicen muchas palabras, que las escucha pensando en sus negocios y se atiene á la decisión de los síndicos y del procurador, salvo extraños casos en que los robos se presentan con circunstancias tan curiosas, que le obligan á decir que los acreedores ó el deudor son gentes hábiles. Este personaje, colocado en el drama como un busto real en una sala de audiencia, se encuentra por la mañana entre cinco y siete en su almacén si es tratante en maderas, en su tienda si es perfumista como Birotteau, ó por la noche en su casa, pero siempre sumamente atareado; así es que este personaje es generalmente mudo. Pero hagamos justicia á la ley: la legislación por que se rige la materia ha atado de manos al juez comisario, y en algunas circunstancias consagra fraudes sin poderlos impedir, como vais á ver.

El agente, en lugar de ser el representante de los acreedores, puede convertirse en el representante del deudor. Cada uno espera poder aumentar su parte pidiendo ventajas

al quebrado, al cual siempre se le suponen tesoros ocultos. El agente puede sacar partido de ambas partes, ora no atacando los intereses del quebrado, ó bien obteniendo algo para algún acreedor: come, pues, á dos carrillos. Muchas veces un agente hábil ha anulado el juicio rescatando los créditos y salvando al negociante, el cual salta entonces como una bala elástica. Generalmente, la gente se inclina hacia el comederio mejor provisto, ya defendiendo á los acreedores fuertes y descubriendo al deudor, ya inmolando á los acreedores en beneficio del negociante. El acto del agente es el acto decisivo. Este hombre, lo mismo que el procurador, sólo acepta su papel cuando está seguro de sus honorarios. De mil quiebras, en novecientas cincuenta el agente se pone de parte del quebrado. En la época en que tiene lugar esta historia, casi todos los procuradores iban á ver al juez comisario para proponerle el nombramiento de un agente que solía ser el suyo, como hombre que conocía los asuntos del negociante y que sabría conciliar los intereses de la masa y los del hombre honrado caído en desgracia. De algunos años á esta parte, los jueces hábiles suelen preguntar cuál es el agente que desea el procurador á fin de no tomarlo y de nombrar á otro que sea casi virtuoso.

Durante este acto se presentan los acreedores falsos ó verdaderos para designar los síndicos *provisionales*, que son, como se ha dicho ya, *definitivos*. En esta asamblea electoral, lo mismo tienen derecho á votar los acreedores á quienes se debe cinco francos, que aquellos á quienes se debe cincuenta mil: se cuentan los votos, pero no se pesan. Esta asamblea, de la que forman parte los falsos electores introducidos por el quebrado, propone como candidatos á los acreedores, de los cuales puede elegir síndicos el juez comisario, quien toma casi siempre de mano del quebrado los síndicos que á éste le conviene tener: otro abuso que hace que esta catástrofe sea uno de los dramas más burlescos que la justicia pueda proteger: el hombre honrado caído en desgracia, dueño del terreno, legaliza entonces el robo que ha meditado. Generalmente el pequeño comercio de París está puro de toda mancha. Cuando un tendero llega á declararse en quiebra, ha

vendido ya el chal de su mujer, ha empeñado los cubiertos de plata y ha sucumbido con las manos vacías, arruinado y sin dinero siquiera para pagar al agente, el cual se preocupa muy poco de él.

La ley quiere que el concordato que libra al negociante de una parte de su deuda y le da derecho á continuar sus negocios sea votado por una cierta mayoría de sumas y de personas. Esta gran obra exige una hábil diplomacia dirigida en medio de los intereses contrarios del quebrado, de los síndicos y del procurador, que se cruzan y chocan unos con otros. La anomalía habitual, la vulgar, consiste en ofrecer á la parte de acreedores que constituyen la mayoría exigida por la ley, primas á pagar por el deudor, además de los dividendos establecidos en el concordato. Para este inmenso fraude no hay remedio alguno. Los treinta tribunales de comercio que se han sucedido lo conocen por haberlo practicado. Instruidos por una larga experiencia, los tribunales acabaron últimamente por decidirse á anular los efectos tildados de fraude; y como los quebrados tenían interés en quejarse de esta *extorsión*, los jueces esperaron moralizar así la quiebra, y lo que hicieron fué desmoralizarla; los acreedores inventaron entonces vergonzosas actas, que los jueces censuraron como jueces, pero de las cuales se aprovecharon como negociantes.

Otra maniobra muy usada consiste en crear acreedores, como de Tillet había creado una casa de banca, y en introducir una cierta cantidad de Claparones tras los cuales se oculta el quebrado, lo cual disminuye el dividendo de los verdaderos acreedores, creando así recursos para el porvenir y procurando la cantidad de votos y de sumas necesarias para obtener el concordato. Los *acreedores falsos é ilegítimos* son como falsos electores introducidos en el colegio electoral. ¿Qué puede hacer el acreedor verdad y legítimo contra los *acreedores falsos é ilegítimos*? ¡Desembarazarse de ellos atacándoles por modos distintos! Però para arrojar al intruso, el acreedor verdadero y legítimo tiene que abandonar sus negocios y encargar de su causa á un procurador, el cual, como no gana casi nada con esto, prefiere defender quiebras y trata el asunto sin interés. Para desenmascarar al acreedor

falso se necesita entrar en el dédalo de las operaciones, remontarse á épocas distantes, hojear los libros, obtener por autoridad de justicia los del falso acreedor, descubrir la inverosimilitud de la ficción, demostrársela á los jueces del tribunal, pleitear, ir, venir y hacer el oficio de don Quijote con cara de acreedor falso y legítimo, el cual, si llega á ser tildado de falsedad, se retira saludando á los jueces y diciendo:

—Dispensen, se engañan ustedes, yo soy muy verdadero.

Entre tanto, los negocios de don Quijote van mal, hasta el punto de correr riesgo de quiebra.

Moral: el deudor nombra sus síndicos, fiscaliza sus créditos y se arregla él mismo el concordato.

Después de estos datos, ¿quién no adivina las mil intrigas á que dan lugar estos dos sistemas? No existe quiebra que no engendre intrigas bastantes para dar materia á catorce volúmenes de Clarisa Harlowe al autor que quisiera escribirlos. Un solo ejemplo bastará. El ilustre Gobseck, el maestro de los Palma, de los Gigonnet, de los Werbrust, de los Keller y de los Nucingen, habiéndose encontrado en una quiebra en que se proponía reventar á un negociante que había sabido engañarle, recibió en efectos próximos á vencer después del concordato la suma que, unida á la de los dividendos, formaba el importe íntegro de su crédito. Gobseck determinó la aceptación de un concordato que consagraba el setenta y cinco por ciento de rebaja al quebrado, y he aquí á los acreedores engañados en provecho de Gobseck; pero el negociante había firmado los efectos ilícitos de su razón social en quiebra y pudo aplicar á estos efectos la deducción del setenta y cinco por ciento. Gobseck, el gran Gobseck, apenas recibió el cincuenta por ciento, así es que siempre saludaba á su deudor con un respeto irónico.

Como todas las operaciones entabladas por un quebrado diez días antes de la quiebra pueden ser recriminadas, algunos hombres prudentes procuran entablar varios negocios con cierto número de acreedores, cuyo interés estriba en llegar á un pronto concordato. Algunos acreedores muy astutos van á ver á otros muy necios ó muy ocupados, les describen la quiebra con colores muy negros, les compran sus

créditos por la mitad de lo que valdrán en la liquidación y entonces recobran su dinero mediante el dividendo de sus créditos y la mitad, la tercera ó la cuarta parte ganada con los créditos comprados.

La quiebra es el cierre más ó menos hermético de una casa donde el pillaje ha dejado algunos sacos de dinero. ¡Feliz el negociante que se desliza por la ventana, por el tejado, por las bodegas ó por algún agujero, y que toma un saco de dinero y aumenta su parte. En esta derrota, en la que se lanza el ¡sálvese el que pueda! del Beresina, todo es ilegal y legal, falso y verdadero, honroso y deshonesto. El hombre que se *cubre* es admirado. Cubrirse es apoderarse de algunos valores en detrimento de los demás acreedores. Francia ha presenciado los debates de una inmensa quiebra ocurrida en una villa donde había audiencia, cuyos magistrados, que tenían cuenta corriente con los quebrados, se habían provisto de capas de caucho tan pesadas, que el manto de la justicia quedó mal parado. A causa de sospecha legítima, fué preciso trasladar el juicio de la quiebra á otra audiencia, pues en el lugar en que había estallado la bancarrota no había juez comisario, ni agente, ni audiencia soberana posibles.

Este espantoso lío comercial es tan conocido en París, que á menos de estar interesado en la quiebra por una suma capital, todo negociante un poco atareado acepta la quiebra como un siniestro sin seguro, carga la suma perdida á la cuenta de ganancias y pérdidas y no comete la tontería de perder el tiempo. Respecto al comerciante al por menor, atareado por sus fines de mes, se asusta ante la duración y los gastos de un proceso, é imitando al gran negociante baja la cabeza y acepta la pérdida.

Los grandes negociantes no se declaran en quiebra y liquidan amistosamente. Los acreedores ceden sus créditos tomando lo que les ofrecen. De este modo se evita la deshonra, las dilaciones judiciales, los honorarios de los procuradores y las depreciaciones de las mercancías, y, como todo el mundo cree que la quiebra daría menos que la liquidación, hay en París más liquidaciones que quiebras.

El acto de los síndicos está destinado á probar que todo síndico es incorruptible y que no hay nunca entre ellos y el quebrado la menor inteligencia. El interesado que ha sido alguna vez síndico, sabe que todo síndico es un acreedor *encubierto*. Escucha, cree lo que quiere y llega el día del concordato después de tres meses empleados en fiscalizar los créditos pasivos. Los síndicos provisionales presentan entonces ante la asamblea una pequeña información cuya fórmula general es como sigue:

«Señores: Se nos debía á todos juntos un millón. Hemos despedazado á nuestro hombre como si fuese una fragata á pique. Los clavos, los hierros, las maderas y los cobres han dado trescientos mil francos. Tenemos, pues, un treinta por ciento de nuestros créditos. Felices de haber encontrado esta suma cuando nuestro deudor podía no dejarnos más que cien mil francos, le declaramos un Aristides, le damos un voto de gracias y proponemos que se le deje su activo, concediéndole diez ó doce años para que nos pague el cincuenta por ciento que se digna prometernos. He aquí el concordato, pasad por las oficinas y firmadlo.»

Al oír este discurso, los negociantes satisfechos se felicitan y se abrazan. Después de la aprobación de este concordato, el quebrado vuelve á ser negociante como antes, se le devuelve su activo, y reanuda sus negocios, sin verse privado del derecho de hacer quiebra con los dividendos prometidos, ante quiebra que se ve frecuentemente, como hijo dado á luz por una madre nueve meses después del matrimonio de su hija.

Si el concordato no se hace, entonces los acreedores nombran síndicos definitivos, y toman exorbitantes medidas asociándose para explotar los bienes y el comercio de su deudor embargándole todo lo que tenga, la herencia de su padre, de su madre, de su tía, etc. Esta rigurosa medida se ejecuta por medio de un contrato de unión.

Hay, pues, dos quiebras: la quiebra del negociante que quiere reanudar los negocios y la quiebra del negociante

que, una vez caído al agua, se contenta con irse al fondo del río. Pillerault conocía perfectamente esta diferencia, y lo mismo en su concepto que en el de Ragón, era tan difícil salir puro de la primera como rico de la segunda. Después de haber aconsejado el abandono general, se dirigió al procurador más honrado de la plaza para que liquidase la quiebra y pusiese los valores á disposición de los acreedores. Mientras dura este drama, la ley exige que los acreedores procuren alimentos al quebrado y á su familia; pero Pillerault hizo saber al juez comisario que él cubriría las necesidades de sus sobrinos.

De Tillet lo había combinado todo para que la quiebra fuese una agonía constante para su antiguo amo. He aquí cómo: El tiempo es tan precioso en París, que generalmente en las quiebras, de los dos síndicos, sólo uno se ocupa de ellas. El otro figura por pura fórmula y lo aprueba todo como el segundo notario en las actas notariales. El síndico que se ocupa de la quiebra descansa frecuentemente en el procurador y, por este medio, las quiebras del primer género se tramitan tan rápidamente, que, salvo los plazos exigidos por la ley, todo se acuerda, se combina y se arregla á placer, tanto, que á los cien días el juez comisario puede pronunciar la frase atroz de aquel ministro: «El orden reina en Varsovia». De Tillet deseaba la muerte comercial del perfumista. El nombre de los síndicos nombrados por influencia de de Tillet fué significativo para Pillerault. El señor Bidault, apodado Gigonnet, principal acreedor, no debía ocuparse de nada; Molineux, el ancianito chincorrero que no perdía nada, tenía que ocuparse de todo. De Tillet había arrojado este chagal sobre el noble cadáver comercial de su amo para atormentarlo al devorarlo. Después de la junta en que los acreedores nombraron el sindicato, el pequeño Molineux se fué á su casa honrado con los sufragios de sus conciudadanos, y satisfecho de tener que regentar á Birotteau, como un niño cuando puede martirizar á un insecto. El propietario, apoyado siempre en la ley, rogó á de Tillet que le ayudase con sus luces y compró el código del comercio. Afortunadamente, José Lebas, prevenido por Pillerault, había logrado

que el presidente de la audiencia nombrase un juez comisario sagaz y benévolo. Así es que Gobenheim-Keller, que era el juez esperado por de Tillet, fué reemplazado por el señor Camusot, juez suplente, rico tratante en sedas, liberal, propietario de la casa donde vivía Pillerault y hombre que tenía gran fama de honrado.

Una de las escenas más horribles de la vida de César fué su obligada conferencia con el pequeño Molineux, aquel ser á quien consideraba él tan nulo y que por una ficción de la ley se había convertido en César Birotteau. El perfumista, acompañado de su tío, tuvo que ir al patio Batave, subir los seis pisos y entrar en la horrible habitación de aquel anciano, su tutor, casi su juez, el representante de la masa de sus acreedores.

—¿Qué tienes?—dijo Pillerault á César al oír que éste lanzaba una exclamación.

—¡Ah! tío, ¡qué poco sabe usted quién es este Molineux!

—Hace quince años que lo veo de cuando en cuando en el café David, donde juego por las tardes al dominó, y por eso te he acompañado.

El señor Molineux mostróse excesivamente cortés con Pillerault y empleó desdeñosa condescendencia con el quebrado. El ancianito había meditado su conducta, había estudiado su situación y había preparado su discurso.

—¿Qué informes desea usted?—le dijo Pillerault.—No existe ninguna protesta contra los créditos presentados.

—¡Oh!—dijo el pequeño Molineux,—los créditos están en regla, todo está fiscalizado. Los acreedores son verdaderos y legítimos, pero la ley, señor mío, la ley... Los gastos del quebrado no guardan proporción con su fortuna... y conste que el baile...

—Al que usted mismo asistió...—dijo Pillerault interrumpiéndole.

—Costó cerca de sesenta mil francos, y esta suma fué gastada en ocasión en que el activo del quebrado sólo ascendía á ciento y tantos miles de francos. Hay, pues, motivo para que el quebrado comparezca ante un juez extraordinario, por tratarse de quiebra fraudulenta.

—¿Es esa su opinión?—dijo Pillerault al ver el abatimiento que estas frases causaban á César.

—Señor, distingo: el señor Birotteau era miembro municipal.

—Supongo que no nos habrá llamado usted para darnos cuenta de que vamos á ser perseguidos criminalmente—dijo Pillerault.—Todo el café David se reiría esta noche de su conducta.

La opinión del café David pareció asustar mucho al ancianito, el cual miró á Pillerault con aire azorado. El síndico contaba ver sólo á Birotteau, y se había prometido obrar como árbitro soberano, como Júpiter. Contaba asustar á Birotteau y gozar de sus alarmas y de sus terrores para suavizar luego su opinión y hacer que su víctima le quedase eternamente agradecido; pero quedó chasqueado al ver que tenía que habérselas con el viejo esfinge comercial.

—Señor—le dijo,—esto no es cosa de risa.

—Dispéñeme—respondió Pillerault.—Usted tiene bastante trato con el señor Claparón y piensa abandonar los intereses de la masa á fin de salir favorecido; pero yo, como acreedor, puedo intervenir y recurrir al juez comisario.

—Caballero—dijo Molineux,—yo soy incorruptible.

—Ya lo sé—dijo Pillerault,—y es usted además muy astuto, y por esa razón hace lo que hace con su inquilino.

—¡Oh!—dijo el síndico—la cuestión de la calle de Montorgueil no está aún juzgada. Ha surgido lo que se llama un incidente. El inquilino es inquilino principal, y este intrigante pretende hoy que teniendo pagado un año anticipado y no habiendo transcurrido más que un año...

Al llegar aquí, Pillerault dirigió á César una mirada para recomendarle la más viva atención.

—Puede abandonar la casa. Nuevo proceso, y digo nuevo proceso, porque yo tengo derecho á garantías hasta el pago total, eso sin contar con qué puede deberme reparaciones.

—Pero la ley sólo le da como garantía de los alquileres los muebles—dijo Pillerault.

—Y accesorios—dijo Molineux atacado en su centro.—El artículo del código ha sido interpretado ya en este sentido

por sentencias anteriores, y lo único que necesita es una rectificación legislativa. Precisamente en este momento estoy redactando una memoria para su excelencia el ministro, acerca de esta laguna de la legislación. Sería conveniente que el gobierno se ocupase de los intereses de la propiedad. Todo para el Estado, nosotros somos las fuentes del impuesto.

—Usted podrá instruir al gobierno acerca de lo que quiera—dijo Pillerault;—pero ¿en qué podemos nosotros instruirle y para qué hemos sido llamados?

—Deseo saber—dijo Molineux con enfática autoridad—si el señor Birotteau ha recibido sumas del señor Popinot.

—No, señor—dijo Birotteau.

Se originó de aquí una discusión acerca de los intereses de Birotteau con la casa Popinot, de donde resultó que Popinot tenía derecho á percibir íntegramente sus anticipos. El síndico Molineux, manejado por Pillerault, volvió insensiblemente á recobrar sus ademanes amables, lo cual probaba el gran interés que le inspiraba la buena opinión de los concurrentes al café David, y acabó por prodigar consuelos á Birotteau y por ofrecerle que participase de su modesta comida. Si el ex-perfumista hubiese ido solo, tal vez hubiera irritado á Molineux y la cuestión se hubiera agriado; de modo que lo mismo en esta circunstancia que en otras, el anciano Pillerault fué para su sobrino un ángel tutelar.

Existe un horrible suplicio que la ley comercial impone á los quebrados: éstos tienen que comparecer en persona ante sus síndicos provisionales y su juez comisario en la asamblea en que sus acreedores decidan de su suerte. Para un hombre que se sobrepone á todo, como para el negociante que busca una revancha, esta triste ceremonia es poco temible; pero para un hombre como César Birotteau, esta escena es un suplicio que sólo tiene comparación con el último día de un condenado á muerte. Pillerault hizo lo que pudo para que su sobrino pudiese soportar aquel horrible día.

He aquí cuáles fueron las operaciones de Molineux, consentidas por el quebrado. El proceso relativo á los terrenos situados en la calle del arrabal del Temple fué ganado en la audiencia. Los síndicos decidieron vender las propiedades

y César no se opuso á ello. De Tillet, cónocedor de las intenciones del gobierno relativas á un canal que debía unir San Dionisio con el alto Sena, pasando por el arrabal del Temple, compró los terrenos de Birotteau por la suma de setenta mil francos. Los derechos de César á los terrenos de la Magdalena fueron cedidos á Claparón con la condición de que éste abandonaría por su parte toda reclamación referente al dividendo á que tenían derecho los acreedores. Los intereses del perfumista en la casa Popinot y Compañía fueron vendidos al mismo Popinot por la suma de cuarenta y ocho mil francos. Las existencias de *La Reina de las Rosas* fueron compradas por Celestino Crevel por cincuenta y siete mil francos, con derecho á la continuación del arriendo, á las mercancías, á los muebles, á la propiedad de la *Pasta de las Sultanas*, á la del *Agua Carminativa* y á ocupar doce años la fábrica, cuyos utensilios le fueron asimismo vendidos. El activo líquido fué de ciento noventa y cinco mil francos, á los cuales añadieron los síndicos los setenta mil francos producidos por los derechos de Birotteau en la liquidación del infortunado Roguín. Así es que el total ascendía á doscientos cincuenta mil francos. El pasivo subía á cuatrocientos cuarenta mil francos. Había, pues, más de un cincuenta por ciento. La quiebra es como una operación química, de la que el comerciante procura salir engordado. Birotteau, destilado por completo, daba un resultado que no satisfacía á de Tillet. Éste esperaba una quiebra deshonorosa y vió que resultaba virtuosa. Poco sensible á su ganancia, hubiera deseado ver al pobre perfumista deshonorado, perdido, vilipendiado. Los acreedores sin duda iban á sacar en triunfo al perfumista después de la junta general. A medida que Birotteau iba recobrando el valor, su tío, como hábil médico, le iba iniciando en los pormenores de la quiebra. No hay ningún negociante que vea sin dolor la depreciación de las cosas que representan para él tanto dinero y tantos cuidados. Las noticias que le daba su tío petrificaban al perfumista.

—¡Cincuenta y siete mil francos por *La Reina de las Rosas*! Pero ¡si el almacén ha costado diez mil! ¡Si las habitaciones cuestan cuarenta mil; si la fábrica, los utensilios, las

formas, las calderas han costado treinta mil; si hay diez mil francos de existencias dándolas á mitad de precio; si la *Pasta* y el *Agua* valen tanto como una casa de campo!

Estas jeremiadas del pobre César arruinado no asustaban gran cosa á Pillerault. El antiguo negociante las escuchaba como el caballo que aguanta un aguacero en despoblado, pero le asustaba el sombrío silencio que guardaba el perfumista cuando se trataba de la junta. Para el que comprende las debilidades y las vanidades que tiene el hombre en cada esfera social, adivinará que tenía que ser un horrible suplicio para aquel hombre el volver, como quebrado, al palacio de justicia comercial, donde había entrado como juez. ¡Ir á recibir insultos allí donde tantas veces se le habían dado votos de gracias por los servicios prestados, él, Birotteau, cuyas opiniones inflexibles respecto á los quebrados eran conocidas por todo el comercio parisiense, él, que había dicho: «Se puede ser hombre honrado presentando balance; pero se sale siendo bribón de una junta de acreedores!» Su tío estudió las horas favorables para familiarizarle con la idea de comparecer ante sus acreedores reunidos, como lo exigía la ley. Esta obligación mataba á Birotteau. Su muda resignación causaba una viva impresión á Pillerault, el cual á veces, por las noches, le oía á través del tabique exclamando:

—¡Nunca, nunca, antes la muerte!

Pillerault, aquel hombre tan fuerte por la sencillez de su vida, comprendía la debilidad y resolvió ahorrar á Birotteau las angustias de la escena terrible de su comparecencia ante los acreedores, escena inevitable. La ley en este punto es precisa, formal, exigente. El negociante que se niega á comparecer, puede por este sólo hecho ser perseguido criminalmente. Pero si la ley obliga al quebrado á presentarse, no tiene poder para hacer comparecer al acreedor. Una junta de acreedores no es ceremonia importante más que en determinados casos: por ejemplo, cuando hay disidencias entre acreedores favorecidos ó acreedores perjudicados, ó cuando el concordato es vejatorio y el quebrado necesita una mayoría. Pero en el caso de una quiebra en que todo está realizado, la junta de acreedores es una pura formalidad. Pillerault fué

á rogar uno por uno á todos los acreedores que diesen poder al procurador, y todos, excepto de Tillet, compadecían sinceramente á César después de haberle abatido, pues todos sabían cuál era la conducta del perfumista, cuán claros estaban sus libros y cuán limpios eran sus negocios. Por otra parte, todos los acreedores estaban contentos de no ver entre ellos ningún acreedor falso. Molineux, agente, primero, y síndico después, había encontrado en casa de César todo lo que el pobre hombre poseía, incluso el grabado de Hero y Leandro, que le había regalado Popinot, sus joyas personales, su alfiler de corbata, sus hebillas de oro y sus dos relojes que un hombre honrado se hubiera llevado sin creer faltar á la probidad. Constanza también había dejado sus modestas alhajas. Esta conmovedora obediencia á la ley sorprendió vivamente al comercio. Los enemigos de Birotteau relataron estas circunstancias como pruebas de estupidez; pero la gente sensata las apreció en su justo valor considerándolas como un exceso de probidad. Dos meses después, la opinión de la Bolsa había cambiado. Las gentes más indiferentes confesaban que aquella quiebra era una de las curiosidades más raras que se habían visto en la plaza. Todos los acreedores, al ver que iban á cobrar un sesenta por ciento, hicieron lo que deseaba Pillerault. Como el número de procuradores era pequeño, Pillerault acabó por reducir aquella formidable junta á tres procuradores; él, Ragón, dos síndicos y el juez comisario.

La mañana de aquel día solemne, Pillerault dijo á su sobrino:

—César, puedes ir sin temor á la asamblea, porque no encontrarás á nadie.

Ragón quiso acompañar á su deudor. Cuando el antiguo dueño de *La Reina de las Rosas* dejó oír su vocecita seca, su ex sucesor palideció; pero el buen anciano le abrió los brazos, Birotteau se precipitó en ellos como un niño en los de su padre y los dos perfumistas derramaron abundantes lágrimas. El quebrado cobró valor al ver tanta indulgencia y subió al coche con su tío, y á las diez y media en punto los tres llegaban al claustro de San Merry, lugar que ocupaba enton-

ces el tribunal de comercio. A aquella hora no había nadie en la sala de las quiebras. La hora y el día habían sido escogidos de acuerdo con los síndicos y el juez comisario. Los procuradores estaban allí por cuenta de sus clientes; así es que nada podía intimidar á César Birotteau. Sin embargo, el pobre hombre no pudo menos de sentirse emocionado al penetrar en el despacho del señor Camusot, que por casualidad había sido el suyo, y de temblar al pasar por la sala de quiebras.

—Como hace frío, estos señores no tomarán á mal que permanezcamos aquí, en lugar de ir á helarnos á la sala (no pronunció las palabras: *de quiebras*). Siéntense ustedes, señores.

Todo el mundo tomó asiento y el juez dió su sofá á Birotteau, que estaba confuso. Los procuradores y los síndicos firmaron.

—Mediante la entrega de sus bienes—dijo Camusot á Birotteau,—sus acreedores le perdonan por unanimidad el resto de sus créditos, quedando así el concordato concebido en términos que pueden suavizar su pena. Querido señor Birotteau—dijo Camusot tomándole las manos,—todos los jueces del tribunal están conmovidos ante su valor de usted, y no hay nadie que haya dejado de hacer justicia á su probidad. En la desgracia ha sido usted digno de lo que era aquí. Hace ya veinte años que figuro en el comercio y esta es la segunda vez que veo que un comerciante quebrado se gane aún la estimación del público.

Birotteau tomó las manos del juez y se las estrechó llorando, Camusot le preguntó lo que contaba hacer, y Birotteau le respondió que iba á trabajar para pagar íntegramente á sus acreedores.

—Si para realizar tan noble labor necesita usted algunos miles de francos, siempre los encontrará usted en mi casa—dijo Camusot.—Los daría con mucho gusto para ser testigo de un hecho bastante raro en París.

Pillerault, Ragón y Birotteau se retiraron.

—Vaya, ¿ves como la cosa no era para tanto?—le dijo Pillerault cuando estuvieron en la calle.

—Tío mío, no dejo de ver su mano en todo esto.

—Ya que está usted restablecido y que estamos á dos pasos de la calle de los Cinco Diamantes, vamos á ver á mi sobrino—le dijo Ragón.

Cruel sensación era la que tenía que pasar Birotteau viendo á Constanza sentada ante un pequeño despacho en el entresuelo bajo y sombrío situado sobre la tienda en cuyo frontis se leía: A. POPINOT.

—He aquí á uno de los lugartenientes de Alejandro—dijo Birotteau señalando el letrado con la alegría del desgraciado.

Esta alegría forzada que demostraba sencillamente el inextinguible sentimiento de la superioridad de que estaba poseído Birotteau, causó una especie de estremecimiento á Ragón, á pesar de sus setenta años. César entró en la tienda en el momento en que su mujer le presentaba á Popinot unas letras á firmar, y no pudo menos de llorar y de palidecer.

—Buenos días, amigo mío—le dijo ella con aire risueño.

—No quiero preguntarte si estás bien aquí—dijo César mirando á Popinot.

—Como en casa de mi hijo—respondió Constanza con una emoción que sorprendió á su esposo.

Birotteau cogió á Popinot y le abrazó diciéndole:

—Acabo de perder para siempre el derecho á llamarte hijo.

—Esperemos—dijo Popinot.—*Su* aceite marcha gracias á mis esfuerzos en los periódicos y á los de Gaudissart, que recorre Francia entera, que la ha inundado de anuncios y de prospectos y que ahora hace imprimir en Strasburgo unos anuncios alemanes para caer sobre Alemania como una invasión. Hemos logrado vender tres mil gruesas.

—¡Tres mil gruesas!—dijo César.

—Sí, y he comprado en el arrabal de San Marcelo un terreno barato donde están construyendo una fábrica, sin perjuicio de conservar la del arrabal del Temple.

—Mujer mía—dijo Birotteau á Constanza al oído,—con un poco de ayuda hubiéramos salido del paso.

Desde aquel día fatal, César, su mujer y su hija se com-

prendieron. El pobre empleado quiso alcanzar un resultado, sino imposible, por lo menos gigantesco: ¡el pago íntegro de su deuda! Aquellos tres seres unidos por los lazos de una probidad feroz se volvieron avaros y se privaron de todo. Un céntimo les parecía sagrado. Por cálculo, Cesarina mostró la mayor abnegación en el desempeño de su cargo, pasaba las noches en claro, se ingeniaba para acrecentar la prosperidad de la casa y desplegaba un genio comercial innato. Sus amos se veían obligados á moderar su ardor para el trabajo, y la recompensaban con gratificaciones; pero ella rechazaba las joyas y las alhajas que le ofrecían sus amos. ¡Dinero! era su grito. Todos los meses llevaba sus ahorros y su sueldo á su tío Pillerault, y otro tanto hacían César y la señora Birotteau. Los tres se reconocían inhábiles, ninguno de ellos quería asumir la responsabilidad de tener el dinero y habían conferido á Pillerault la dirección suprema de la colocación de sus economías. Volviendo á ser negociante, el tío sacaba partido del dinero en pequeñas jugadas de Bolsa. Más tarde se supo que había sido secundado en esta obra por Julio Desmarets y por José Lebás, los cuales se habían tomado el trabajo de indicarle los negocios sin riesgo.

El antiguo perfumista, que vivía con su tío, no se atrevía á interrogarle acerca del empleo de las sumas adquiridas con los trabajos suyos, de su hija y de su mujer. César no se creía con derecho á ir vestido é iba por las calles con la cabeza baja ocultando á todas las miradas su rostro abatido, descompuesto y estúpido.

—Al menos, no como el pan de mis acreedores—le decía á su tío.—Aunque lo debo á la piedad que le inspiro, su pan me parece dulce al pensar que gracias á esta santa caridad no distraigo nada de mi sueldo.

Los negociantes que encontraban al quebrado, no veían en él ningún vestigio del perfumista. Los indiferentes concebían una inmensa idea de las caídas humanas al ver á aquel hombre en cuya cara habían impreso las penas sus más negras huellas y que aparecía anonadado por lo que no había ocupado nunca su mente, el pensamiento. No todo el que quiere es destruido. Las gentes ligeras y sin conciencia,

que son indiferentes á todo, no pueden nunca ofrecer el espectáculo de un desastre. La religión es la única que imprime un sello particular á los seres caídos: creen en un porvenir, en una providencia, se ve en ellos un cierto resplandor que los señala, un aire de resignación santa mezclado de esperanza que causa una especie de ternura, y saben todo lo que han perdido, como el ángel desterrado llorando á las puertas del cielo. Los quebrados no pueden presentarse en la Bolsa. César, arrojado del dominio de la probidad, era una imagen del ángel suspirando por el perdón.

Durante catorce meses, Birotteau, ocupado por los religiosos pensamientos que le inspiró su caída, se negó á todo placer. Aunque estaba seguro de la amistad de los Ragón, no fué posible determinarle á ir á comer á su casa, ni á la de los Lebás, ni á la de los Matifat, ni á la de los Protez, ni aun á la del señor Vauquelín, personas todas que ansiaban honrar á César considerándole como una virtud. César prefería mejor estar solo en su cuarto que afrontar la mirada de un acreedor. Constanza y Cesarina no iban tampoco á ninguna parte. El domingo y las fiestas, únicos días que tenían libres, aquellas dos mujeres iban á la hora de la misa á buscar á César, y después de haber cumplido sus deberes religiosos, le hacían compañía en casa de Pillerault. Éste invitaba al abate Loraux, cuya palabra animaba á César, y entonces permanecían juntos en familia. El antiguo quincallero tenía demasiado sensible la fibra de la probidad para desaprobare las delicadezas de César. Así es que había pensado en aumentar el número de las personas en medio de las cuales pudiese el quebrado erguir su frente.

En el mes de mayo de 1821, aquella familia presa de la desgracia fué recompensada en sus esfuerzos con una primera fiesta que les procuró el árbitro de sus destinos. El último domingo de aquel mes era el aniversario del consentimiento dado por Constanza á su unión con César. De acuerdo con los Ragón, Pillerault había alquilado una casita de campo en Sceaux, y el antiguo quincallero se había propuesto llevar allí á su sobrino.

—César—dijo Pillerault al ex perfumista el sábado por

la noche,—mañana vamos al campo y tienes que venir con nosotros.

César, que tenía una letra magnífica, hacía por las noches copias para Derville y para algunos procuradores, y los domingos sobre todo trabajaba como un negro; de suerte que respondió:

—No, porque el señor Derville espera una cuenta de tela que tengo que copiar.

—Bien merecen una recompensa tu mujer y tu hija. No encontrarás allí más que amigos, el abate Loraux, los Ragón, Popinot y su tío. Además, yo lo quiero.

César y su mujer, arrastrados por el torbellino de los negocios, no habían vuelto nunca á Sceaux, aunque de cuando en cuando hubiesen deseado ambos volver para ver de nuevo el árbol bajo el cual casi se había desmayado el primer dependiente de *La Reina de las Rosas*. Por el camino, que hicieron en fiacre, guiados por Popinot, Constanza dirigió á su marido miradas de inteligencia sin poder lograr que la sonrisa apareciese en sus labios. Le dijo también algunas palabras al oído; pero él meneó la cabeza por toda respuesta. Las gratas expresiones de aquella ternura inalterable, pero forzada, en lugar de alegrar la cara de César, la pusieron más sombría y atrajeron á sus ojos algunas lágrimas reprimidas. Veinte años antes, el pobre hombre había recorrido aquel camino rico, joven, lleno de esperanzas y enamorado de una muchacha tan hermosa como lo era ahora Cesarina. Entonces soñaba con la dicha, y en aquel momento veía en el interior del coche á su noble hija ajada por las vigiliás, y á su valerosa mujer sin más belleza que la que poseen las ciudades que han sido devoradas por la lava de un volcán. ¡El amor era lo único que quedaba! La actitud de César ahogaba la alegría en el corazón de su hija y de Anselmo, los cuales le representaban la encantadora escena de antaño.

—¡Sed felices, hijos míos! vosotros tenéis derecho á ello—les dijo aquel pobre padre con tono desgarrador.—Vosotros podéis amaros sin recelo—añadió.

Al decir estas últimas palabras, Birotteau había cogido las manos de su mujer y las besaba con un cariño santo

que conmovió más á Constanza que la más viva alegría.

Cuando llegaron á la casa en que les esperaban Pillerault, los Ragón, el abate Loraux y el juez Popinot, estas cinco personas guardaron una actitud y les dirigieron palabras y miradas que complacieron en sumo grado á César. Todos denotaban la admiración que les causaba aquel hombre que se creía siempre en el día siguiente de su desgracia.

—Id á pasearos por el bosque de Aulnay—dijo Pillerault uniendo á Constanza y á César por las manos.—Idos con Anselmo y con Cesarina y venid á las cuatro.

—¡Pobres! nosotros les estorbaríamos—dijo la señora Ragón enternecida ante el dolor verdadero de su deudor.—No tardarán en estar muy alegres.

—Es el arrepentimiento sin la falta—dijo el abate Loraux.

—Sólo podía hacerse grande con la desgracia—dijo el juez.

Olvidar es el gran secreto de las almas fuertes y creadoras; olvidar á la manera de la naturaleza, que no se acuerda del pasado y que reanuda á cada paso los misterios de sus infatigables engendros. Las existencias débiles como la de Birotteau viven en los dolores, en lugar de cambiarlos en apotegmas de experiencia. Cuando las dos parejas hubieron llegado al sendero que conduce el bosque de Aulnay, y cuando el valle de los Lobos se mostró en toda su coquetería, la belleza del día, la gracia del paisaje, la primera verdura y los deliciosos recuerdos del día más hermoso de su juventud, aflojaron las cuerdas tristes en el alma de César, estrechó éste á su mujer contra su corazón palpitante, sus ojos dejaron de ser vidriosos y la luz del placer brilló en ellos.

—¡Al fin te vuelvo á ver, pobre César mío!—dijo Constanza á su marido.—Me parece que nos portamos bastante bien para permitirnos de cuando en cuando algún pequeño placer.

—¿Es que acaso puedo?—dijo el pobre hombre.—¡Ah! Constanza, tu afecto es el único bien que me queda. Sí, he perdido hasta la confianza que tenía en mí mismo, ya no tengo fuerzas, y mi único deseo es vivir bastante para morir en paz

con la tierra. Tú, querida mujer, tú que eres mi sabiduría y mi prudencia, tú que ves claro, tú que eres irreprochable, puedes tener alegría. De los tres, yo solo soy el culpable. En medio de aquella fatal fiesta, hace diez y ocho meses, yo veía á mi Constanza, la única mujer á quien he amado, más hermosa tal vez que la joven con quien corrí por este sendero hace veinte años, como corren hoy nuestros hijos... En veinte meses he marchitado esa belleza, mi único orgullo, un orgullo permitido y legítimo. Cuanto más te conozco más te amo. ¡Oh! querida mía, preferiría oír que me riñes, en lugar de verte acariciar mi dolor.

—Nunca hubiese creído que después de veinte años de matrimonio pudiese aumentar el amor de una mujer por su marido.

Esta frase hizo olvidar por un momento á César todas sus desgracias. Avanzó, pues, gozoso hacia su árbol, que por casualidad no había sido derribado, y los dos esposos se sentaron á su pie mirando á Anselmo y á Cesarina, que, distraídos, daban vueltas en torno de él creyendo tal vez que seguían siempre hacia adelante.

—Señorita—decía Anselmo,—¿me cree usted bastante cobarde y ambicioso para aprovecharme de la parte que su padre tiene en el *Aceite Cefálico*? Le conservo con amor su mitad y se la administro. Con su parte, descuento valores, y, si alguna letra es dudosa, la tomo por mi cuenta. Nosotros no podemos ser uno del otro hasta el día siguiente á la rehabilitación de su padre, y yo procuro anticipar ese día con toda la fuerza que da el amor.

El amante se había guardado de confiar este secreto á su suegra. Hasta en los amantes más inocentes existe siempre el deseo de aparecer grandes á los ojos de sus amadas.

—Y ¿está próximo ese día?—le preguntó ella.

—Muy próximo—dijo Popinot.

Esta respuesta fué hecha con tono tan penetrante, que la casta y pura Cesarina no pudo menos de ofrecer su frente á Anselmo, el cual depositó en ella un respetuoso beso.

—Papá, todo va bien—dijo Cesarina al autor de sus días.—Ponte alegre, habla, deja tu aire triste.